

EL PIRINEO PERDIDO. PUEBLOS DESHABITADOS
DE LA PROVINCIA DE HUESCA



JOSÉ LUIS ACÍN FANLO

Acín, J. L. (2025). El Pirineo perdido. Pueblos deshabitados en la provincia de Huesca. En F. Collantes, V., Pinilla, L. A. Sáez (editores), *Despoblación y desarrollo rural. 25 años de investigación desde el CEDDAR* (pp. 209-224). Publicaciones de Rolde de Estudios Aragoneses / Centro de Estudios sobre la Despoblación y Desarrollo de Áreas Rurales.

https://www.roldedeestudiosaragoneses.org/wp-content/uploads/Libro-CEDDAR-25-anos_07_Acin_209-224.pdf

Publicación original: Acín, J.L. (2013): «El Pirineo perdido. Pueblos deshabitados en la provincia de Huesca», *Revista Siete leguas*, marzo 2013, pp. 69-82.

Empecé a interesarne por los pueblos deshabitados del Alto Aragón y su problemática desde los inicios de la década de los ochenta del pasado siglo. Con toda seguridad, debido a las circunstancias personales que viví en mi entorno familiar y por un empeño en dejar memoria escrita y gráfica de lo que hubo, y el medio en que se desarrolló, y está desapareciendo, cuando no ya olvidado del todo.

Fruto de ese recorrido por esos pueblos y lugares fueron varias colaboraciones en prensa escrita, así como los libros Las otras lluvias: pueblos deshabitados del Alto Aragón (Ibercaja, 1994) y Paisajes con memoria: viaje a los pueblos deshabitados del Alto Aragón (Prames, 1997). También es fruto de esas indagaciones, y de los cambios habidos en ese medio humanizado, los libros Tras las huellas de Lucien Briet: Bellezas del Alto Aragón (Prames, 2000) y Tras las huellas del Alto Aragón: Soberbios Pirineos (Prames, 2006), en cuyas páginas y a través de los textos y fotografías se quiere dejar constancia de la transformación de dicho medio entre finales del siglo XIX e inicios del XX y los finales del XX, es decir, en un siglo.

El artículo seleccionado para este libro conmemorativo de los veinticinco años del CEDDAR, centro con el que también me une una estrecha relación desde sus orígenes, se publicó en la Revista Siete leguas (Madrid, marzo 2013, pp. 69-82), con el fin de dejar constancia de esta triste realidad de los pueblos deshabitados en una publicación de carácter nacional, que se acompañaba de las impresionantes emulsiones hechas para la ocasión por el fotógrafo Navia.

Entre finales de los cincuenta e inicios de los setenta del pasado siglo un elevado número de núcleos, principalmente de montaña, quedaron vacíos y sin presencia humana. Dicha causa ha conllevado la pérdida de un destacado patrimonio, tanto natural como cultural, fiel reflejo del perfecto maridaje e interrelación habido entre naturaleza y hombre, entre hombre y naturaleza.

El Alto Aragón en su conjunto, y la cadena pirenaica en concreto, ostenta el triste privilegio de ser la tierra con más lugares deshabitados de la Península Ibérica. Varias y conocidas fueron, y en algunos casos son todavía, las causas que en otros tiempos motivaron la despoblación de amplias y ricas áreas, el que muchos pueblos con plena y efervescente vida hoy se encuentren totalmente deshabitados y en soledad con el entorno que los rodea. Causas que se centran tanto en los factores y agentes naturales, o las derivadas de la imposibilidad de seguir viviendo en un medio duro y hostil, así como en los casos y situaciones de despoblación forzosa, aquellos en que la mano del hombre ha intervenido para propiciar su olvido y destrucción.

Entre las primeras, las englobadas bajo ese epígrafe de naturales, se encuentran aquellos casos en los que, por la ubicación del lugar, a elevadas alturas y con mala comunicación con el resto de pueblos aledaños, se hacía imposible la vida. Son aquellos núcleos que, incluso en la actualidad, tienen un acceso lleno de dificultades, para cuya visita no existe otra posibilidad que la de largas y empinadas horas caminando por los viejos, y cada vez más perdidos entre la vegetación, caminos de herradura, como se puede constatar en –por citar algunos ejemplos– Otal, Ainielle o Castellar. A esta causa se unen esos otros casos de abandono ante la poca productividad del terreno, por lo poco que esos determinados lugares tenían para el aprovechamiento agrícola y ganadero, como Fenillosa.

Causas a las que se suma el sistema de vida llevado otrora que también propició su caída, el desmembramiento de la estructura familiar, con la desaparición cada vez más acuciante de una figura clave para su mantenimiento, como es el *tión*, ese personaje fundamental para la casa –por lo general, un hermano menor– que se quedaba a vivir y a trabajar en esta, a cambio de la comida y sus mínimos gastos, el cual ve una salida a su situación en la ciudad con su industrialización.

Tipo de despoblación similar a la ocurrida a lo largo de la historia con el surgimiento y abandono de los lugares de habitación, que entre finales de los cincuenta e inicios de los setenta del siglo XX se incrementó con toda una retahíla de actuaciones llevadas a cabo por la mano del hombre, en los que la despoblación fue forzosa e inducida por el propio ser humano. Actuaciones como la llevada a cabo por el entonces patrimonio forestal, que alejó a muchos moradores de sus lugares de nacimiento y replantó los campos cultivables en perfectas hileras de pinos –Villamana, Puy de Cinca o el Valle de la Garcipollera-. Reforestación realizada en la gran mayoría de las ocasiones –además de la propia explotación forestal– como contención, para evitar la erosión del suelo y la colmatación de los cercanos embalses realizados o en vías de construcción, el otro principal agente externo propiciador de la despoblación, abandono y ruina de grandes extensiones de terreno, por norma general las más fértiles, arrasadores y engullidores de todo lo que cogían tanto en su cubeta como en las zonas colindantes. Embalses que propiciaron el abandono de las tierras en algunos casos, mientras que en otros se dejaban a su suerte incluso las casas, aunque el nivel del agua nunca llegara a sus muros; menos son los pueblos que quedaron totalmente anegados, subsistiendo como pueden bajo la destructora acción del agua y cuyas construcciones afloran cuando baja su nivel –Mediano, Jánovas o Barasona entre los segundos; Bíbal, Fet o Finestras en los primeros–.



Estas serían las tres causas principales de abandono y despoblación de los núcleos, a las que habría que añadir otras tan importantes y desencadenantes de este éxodo como las ya citadas. Así, la supresión o inexistencia de diversos servicios incidieron notablemente en este aspecto, entre los que destacan la falta de unas mínimas pistas y carreteras que propiciaran su comunicación con los lugares más cercanos; los mínimos servicios sanitarios, médicos y veterinarios que llegaron a tener los distintos pueblos y que –con mayor ahínco a partir de la posguerra– se fueron eliminando; o la desaparición de los maestros o maestras que llegaban siendo jóvenes y que por esos montes se quedaban aislados en convivencia con los moradores, quienes dieron vida a unas escuelas construidas muchas de ellas en los años treinta y que apenas tuvieron algo más de un cuarto de siglo de vida, cuyos edificios aún son visibles en Centenero, Torruellola de la Plana, Huértalo o, entre los muchos que se podrían citar, Campol–.

Causas que han tenido una serie de consecuencias apreciables desde los años setenta en adelante. Unas secuelas que, además o aparte del daño moral y personal producido a los antiguos habitantes de esos diversos lugares, han acarreado la pérdida y destrucción de toda una cultura material, sin olvidar asimismo el olvido y desaparición de esos otros elementos que aglutinaron y configuraron dicha cultura, de aquellas manifestaciones propias de lo espiritual o relativas a creencias y supersticiones, a todos esos elementos de la cultura oral transmitida generacionalmente.

Así, y con el inevitable paso del tiempo, se han ido perdiendo las distintas formas constructivas, no quedando constancia de las distintas edificaciones necesarias para la continuidad de la vida y para el desarrollo de los diversos fines y trabajos habituales en la sociedad tradicional: la casa, edificio central y pilar fundamental de la familia, aglutinador de todos sus miembros y pertenencias, con unas características propias dependiendo de las distintas zonas de construcción, y con una fisonomía

y estructura externa e interna peculiares, en donde no podían faltar – entre otros espacios– la bodega, zaguán, corral, salón, cocina –hogar–, alcobas, o la *falsa* –desván–, cuyos ejemplos se aprecian en la gran mayoría de estos núcleos, como Caballera, Espierlo, Burgasé, Escartín, Otal, Mongay y un largo etcétera; las bordas o pajares, diseminados por los aledaños del pueblo o por determinados campos, esenciales para las diversas labores del campo, como la recogida de la hierba o para la acción trituradora y separadora de la trilla, entre las que sobresale el magnífico edificio de Villamana; las *mallatas* con sus casetas pastoriles en las que el rebaño y el pastor pasaban los períodos estivales por los *puertos* –Aso de Sobremonte, Betés de Sobremonte o los singulares ejemplos del valle de Tena–, por los altos montes, así como las parideras de los pie de monte, y otras construcciones utilizadas en el camino de la trashumancia, sin olvidar esas grandes veredas que constituyen las *cabañeras* o vías pecuarias con sus pasos y sus diversos ritos; los distintos edificios, o aprovechamiento de algunas partes de la propia casa, de determinadas artesanías, como las del herrero o del tejedor; los variados tipos de molinos –sobre todo los de Ainielle, Bara o Almazorre–, desde los más primitivos para la obtención de la harina –así como los hornos de piedra refractaria en los que se ultimaba el pan– y del aceite, hasta los más recientes destinados a la producción de energía hidroeléctrica; los batanes, como fase final del largo y complejo proceso de la elaboración de piezas textiles, en especial de la lana, antaño ampliamente diseminados por multitud de puntos y en la actualidad prácticamente perdidos y desaparecidos, de los que solo resta por estas tierras el de Lacort; los *esconjuraderos*, edificios sitos en las inmediaciones de la iglesia y cuya función era *esconjururar*, es decir, espantar y alejar las venideras tormentas, además de algún que otro asunto más oscuro y turbio de la mentalidad tradicional, en especial los relacionados con la brujería, entre los que cabe citar los de Asín de Broto, Guaso, Mediano o los de la sierra de Guara; o toda una pléyade de edificios y de espacios necesarios para distintos fines, tales como *arnales* o colmenares, pequeñas casetas diseminadas por el monte



para protegerse cuando el tiempo no acompañaba y para guardar los utensilios, balsas –algunas con curiosas inscripciones– para el almacenamiento del agua destinada a regar o a mover molinos y otros ingenios hidráulicos –en especial la de Cerésola–, pozos en los que autoabastecerse de la vital y necesaria agua, y otras varias edificaciones, sin olvidar los cementerios –peculiares y con toda una serie de detalles materiales y espirituales, religiosos y de creencias, a observar–, e –incluso– las distintas formas de muros, bancales, o los viejos caminos de herradura con sus peirones y cruces delimitadores del lugar, destacando por su potencia y volumen los de Castellar.

Toda una cultura material, toda una serie de edificios en vías de perderse, de convertirse en unos simples pedregales en los que no poder apreciar la vida que tenían y la funcionalidad a la que se destinaban, como también sucede con el importante e interesante patrimonio histórico-artístico en vías de desaparecer. Iglesias de variada cronología, desde las fases y escuelas del románico hasta las últimas construidas o reconstruidas entre los siglos XVIII y XIX, como las arruinadas de Sasa de Sobrepuesto, Castarlenas, Lusera, Burgasé o la gran mayoría de las sitas en estos olvidados pueblos; ermitas levantadas en estos mismos siglos y connotativas de aquellos lugares de atracción para el hombre desde prácticamente los albores de su existencia; castillos de las épocas medieval y moderna que son fiel reflejo del pasado histórico; palacios y casonas de los siglos XVI al XVIII que hablan de viejas familias con su título infanzón o nobiliario –Arasanz, Lapenilla, Claravalls o Lavelilla–, así como otras piezas del arte mueble esenciales para comprender la evolución del hombre y su forma de pensar y de entender la vida a lo largo de su trayectoria histórica.

Edificios que para su construcción necesitaban del apoyo de unas determinadas artesanías y/u oficios, de la aplicación de unos sistemas y de unas técnicas que por la situación que atraviesan los pueblos y lugares, por su despoblación y abandono, se están olvidando y perdiendo.

Una serie de labores materializadas por albañiles, retejadores, herreros o carpinteros. Una serie de especialistas que ante su desuso han pasado a engrosar la ya larga lista de los recuerdos, de lo que se hacía antes en el medio rural.

Como también ha pasado con los diversos y duros trabajos agrícolas, repetidos periódica y anualmente con sus prefijados ciclos, y en cuya aplicación había un aprovechamiento integral y total del terreno, materializado en el cuidado de los campos y de los bosques, evitando la destrucción natural –incendios, tala indiscriminada, etc.– o la improductividad de las tierras, evitando –en definitiva– el que existieran grandes áreas deshabitadas y sin explotación con prudencia, con la prudencia que desde siempre ha mantenido el hombre hacia su entorno. Perdiendo, en íntima relación con lo anterior, las fases y las características del complejo mundo pastoril, con sus variadas y ricas manifestaciones, con su ciclo anual desarrollado entre la trashumancia y la estancia alpina, con su dominio y conocimiento del medio natural, con su artesanía, con sus creencias y con esa persona fundamental, sabia y tremadamente humana que lo llevaba a buen término, el pastor. Desapareciendo, asimismo, un buen número de artesanías, de artesanos que con sus manos elaboraban aquellos materiales para el uso diario y su distinto faenar en el campo y en la casa –en especial los relativos a las labores agrícolas y ganaderas–, aquellos enseres, utensilios y prendas necesarios para su supervivencia y protección –proceso del cáñamo, artesanía de la madera, alfareros, esparteros, boteros, guarnicioneros, los utensilios entresacados de diversas fibras vegetales, y un largo etcétera en el que se incluyen las otras formas artesanas ya apuntadas–.

Una pérdida, destrucción y olvido que también se manifiesta en el mundo espiritual, en el de las formas de hacer y creer, encontrándose en primer lugar ese pilar básico, ya caído y no sustentador de nada, de la estratificación de la casa –configuración, distintas generaciones conviviendo a la vez, espacio reservado a cada uno de ellos y diferentes tra-

jos a realizar por los mismos— con sus propios y peculiares sistemas consuetudinarios. Diversos aspectos de la estructura social y de los modos de ver la vida, materializados en las formas de pensar y de manifestarse que singularizan a una determinada comunidad y que se encuentran en una imparable remisión. Como extintas, o muy trastocadas y cambiadas en muchos casos, se encuentran las fiestas y demás expresiones tanto del ciclo festivo anual —carnaval, cuaresma, san Juan, Navidad; solsticios de verano e invierno, equinoccios de primavera y otoño— como del devenir diario de un pueblo, de una concreta comunidad —fiestas locales y patronales; fiestas mayores y menores; romerías y procesiones—. Como también es cada vez más difícil apreciar todos aquellos rituales, supersticiones, creencias y demás aspectos inalcanzables por la mente del hombre —en perfecta unión con el medio natural circundante—, pero que se manifestaban en muchos de sus actos, en muchos de sus ritos iniciados e imbuidos desde la más temprana edad, esos que marcarán y definirán su posterior desarrollo en la vida.

Lo anterior, la desolación y el abandono de los lugares, de los pueblos, ha dado lugar a un expolio, a una rapiña sistemática e imparable que ha borrado las posteriores huellas de una cultura, a lo que ha contribuido en buena medida la realización y acondicionamiento de pistas que han facilitado el acceso de los depredadores, esas mismas pistas antaño inexistentes y que dada su ausencia obligó en un gran número de casos a salir, a la huida de los antiguos moradores.

Todo un proceso evolutivo fruto de años y años, de siglos y siglos, que en menos de media centuria se ha perdido de forma vertiginosa y lamentable, se ha olvidado para siempre. Unos pueblos en los que ya no queda nada, donde ya no se oyen los ruidos y las voces producidos por el trajín diario y los juegos de la chiquillería, en los que tan solo se escucha el sonido del silencio, de la muerte, ese vacío producido por su soledad y por su lejanía de cualquier centro habitado. Pueblos que ante su contemplación se genera una sensación de tristeza y desolación, de rabia y

de impotencia, al recordar que esas calles y esas casas un día tuvieron vida, la vida que pervive al vislumbrar los restos de aquellos objetos realizados por el hombre para su uso, la vida contenida en esos elementos que seguirá restando hasta la desaparición total de lo producido por esa cultura, esa vida que se les dio desde el mismo momento de su creación y elaboración y que durará hasta el preciso instante de su completa desaparición y, por tanto, muerte.

GRANDES ESPACIOS VACÍOS

El Pirineo en su conjunto es una cadena singular, insólita y maravillosa. Pero dentro de la misma, entre las montañas y valles que lo configuran, existen espacios más especiales si cabe, más insólitos y únicos, más sorprendentes por su ubicación, altitud, delimitación, o por sus características físicas y condicionantes humanos. Enclaves en los que, por lo general en la actualidad, se puede llegar a escuchar a la perfección el silencio debido a su soledad, a encontrarse práctica o completamente vacíos de la presencia humana, por encontrarse despoblados y sus pueblos deshabitados.

Espacios como la zona del Montsec en la Ribagorza, o el valle de La Solana en Sobrarbe, o la cara norte de la Sierra de Guara entre el Alto Gállego –Serrablo– y Sobrarbe, o Sobrepuesto, también entre el Alto Gállego y Sobrarbe. Unos emplazamientos, unas amplias áreas, caracterizadas por el secular aislamiento, por el desarrollo de la vida entre montañas y lo que ello condiciona al ser humano, por haber mantenido hasta su despoblación acaecida a mediados del siglo pasado unas formas de vida únicas y ancestrales, unos modos de manifestarse perdidos por otros enclaves, con una arquitectura tradicional acoplada al terreno, con unas pendientes montañosas moldeadas por el hombre para su uso ganadero y agrícola, consiguiéndose este último a partir de una sucesión infinita de bancales de gran interés y de no menor belleza.



Un modelo de vida, un espacio para la vida, una vida ya desaparecida cuya esencia de lo que fueron y de lo que son, cuya alma ha sabido captar y reflejar a la perfección, con maestría y sensibilidad, José Manuel Navia en las emulsiones tomadas en algunos de estos lugares y pueblos.

Es el caso, como ya se ha apuntado, de Sobrepuelto en su conjunto, donde todas esas peculiaridades y circunstancias se pueden apreciar, todavía y pese al avanzado estado de ruina como consecuencia de su abandono al desaparecer la presencia humana, en pueblos tan singulares, y únicos también, como Escartín, con, además de lo apuntado y entre otros aspectos, unos mosales en los cerros contiguos y una iglesia del xv, además de las encantadoras notas de la última maestra sobre su llegada, estancia y triste marcha escritas, a modo de graffiti, en una pared de la escuela–; Sasa de Sobrepuelto, con una destacada casa-fuerte; Cortillas, con, además de su notoria estructura, una curiosa y esculpida fuente, por suerte salvada y trasladada a Sabiñánigo; Basarán, con su cruce de caminos dominando estas sorprendentes tierras; Otal, con su incomparable marco y alrededores repleto de bancales, además de una interesante iglesia altomedieval. O, aunque rozando la delimitación original de esta zona, de Ainielle, entre otras cosas, y como es ampliamente conocido, escenario de *La lluvia amarilla* de Julio Llamazares; Berbusa, medio devorado por la naturaleza, entre la que sobresalen la iglesia, algunas bordas o el reconocible edificio de la escuela; y Susín, en donde Angelines Villacampa mantiene vivo este lugar de gran belleza y notables bienes inmuebles (o habría que decir, tristemente y con un nudo en la garganta en todos los que la conocimos y compartimos buenos momentos en Casa Mallau de Susín, mantenía, pues tras la obtención de las fotografías reflejando su imagen y las diversas estancias y elementos de su casa, y aún redactando estas líneas, nos llegó la noticia de su fallecimiento, de la desaparición del alma y la esencia de Susín. De una piedra más, o menos, en la historia de la despoblación de Susín. De las soledades en las que va a entrar este lugar al no contar con la presencia y al no oír la voz de la que

ha sido su principal y más entusiasta valedora y mantenedora: Angelina Villacampa).

Como también lo son los restantes pueblos visitados por Navia en áreas y espacios cercanos al anterior, a Sobrepuesto, que presentan unas mismas características y un similar estado en la actualidad. Pequeñas poblaciones por lo general diseminadas por entornos igual de sorprendentes y únicos como el Valle de La Solana, prácticamente vacío donde entre otros de indudable interés y espectacular asentamiento –véase, y solo por citar algunos, Burgasé, Castellar, Sasé o San Felices de Solana– se encuentra Campol o el cercano Yeba, verdadero balcón natural de la cadena pirenaica en su parte central aragonesa; el valle de la Garcipollera, en el que también la presencia humana casi es nula, con núcleos poblacionales tan, otrora, ricos en todas sus manifestaciones como Bescós, Acín o Larrosa, destacando en este último su imponente iglesia románica; el antiguo municipio de Muro de Roda, una tenencia medieval que llegó hasta el siglo XX sin prácticamente cambios, con las mismas funciones, estamentos, disposición y roles sociales, dominados por el recinto defensivo de Muro de Roda, y con recoletos lugares tan encantadores como Fumanal, Ministirio o Arasanz, en donde aún se respiran esos aires medievales; o poblaciones como Morcat, emplazado en un otero y en un extremo del valle del Guarga o «Guarguera», otra zona en la que ha desaparecido en la práctica totalidad la presencia humana, cuya huella –al igual que en otros lugares no ha mucho habitados– queda en detalles como la marca de un reloj de pared en una de sus casas; o La Capana, una *pardina*, como se denominan por el Alto Aragón al conjunto de edificaciones y territorio habitado por una sola familia con todas sus posesiones, que es un magnífico ejemplo de autosuficiencia, de esa imbricación de los miembros de una familia en la soledad del medio y con el entorno natural.

Y lo son por su propia ubicación, en soleadas laderas de la montaña a la que se acoplan a la perfección, aprovechadas para las faenas agrícolas y la

propia subsistencia del lugar, consiguiendo –en muchos casos– ese aterrazamiento del terreno desde prácticamente su cima hasta las tierras bañadas por los barrancos, con esa sucesión infinita de bancales que ofrecen una visión única, impresionante, de cómo el hombre ha sabido asentarse y acoplarse a lo que ofrece el terreno, la naturaleza. Esos conjuntos de bancales, además, en los que descubrir el duro, ingente y continuado trabajo del hombre, de las infinitas horas pasadas levantando muros de piedra seca y, también, de las pasadas para conservar y sacar un mayor rendimiento a la tierra. Un elemento, o suma de elementos –muros y campos–, por el que ya es recomendable acercarse hasta estos lugares, que por sí solos merecen una declaración de protección y una conservación, y que hablan a la perfección de un paisaje tremadamente humanizado.

Y lo son por su arquitectura tradicional, o popular, o funcional, como se quiera, en la que se distinguen portadas y portaladas, patios, balcones, chimeneas, ventanas, canaleras, bordas, pozos, caminos o calles de inmejorable factura y belleza. Y, para corroborarlo, véanse los ejemplos de Casa Royo, Casa San Román o Casa Oliván en Otal; de Casa Mallau en Susín; de Casa Lacasa, Casa Ferrer o Casa Pedro Escartín en Escartín; o de Casa Oliván y Casa Morillo en Arasanz. Casas, estas y todas las demás, hoy en ruinas, pero antaño y no ha mucho en pie y atesorando en sus fachadas una serie de elementos singulares e interesantes, como portadas doveladas o con arquitrabe, en donde se inscriben a su vez blasones o inscripciones, balconadas con sus rejas, curiosos relojes de sol, elementos defensivos o diversos y decorados aleros. Sin olvidar la larga lista de edificios secundarios necesarios para la vida, como pajares o bordas, *mallatas* o recintos especiales para el ganado, herrerías, molinos de harina o aceite, batanes, *esconjuraderos* o cuantos eran necesarios para las diversas actividades, para –en definitiva– la continuidad de la vida.

Y lo son, por último, por su notorio patrimonio histórico-artístico, por sus iglesias, ermitas, palacios, puentes y bienes muebles. Por ese

amplio abanico de notables edificios ponen de manifiesto una continua habitación, sin interrupción, de estos pueblos. Una permanencia que se vio truncada no ha mucho, hace apenas cincuenta años después de siglos y siglos de vida, de numerosas generaciones levantando todo este rico patrimonio, manteniendo toda una forma de vida en consonancia con la naturaleza que, en apenas un decenio, se desmoronó, cayó en el más profundo de los olvidos y de los silencios.